PRÓLOGO

Me propongo en este breve libro investigar una sensibilidad y un estilo que nos rodean por doquier y sobre los cuales, sin embargo, la filosofía apenas se ha pronunciado. No voy a preguntarme si lo Cuqui es o no de buen gusto, o qué podría querer decir un Cuqui de buena o mala calidad.[1] (Me encuentro con que algunas de sus manifestaciones me atraen poderosamente mientras que otras me repelen con la misma fuerza.) Más bien, las preguntas que me guían son: Ya sea que nos encante o lo execremos, nos parezca banal o cautivador, perverso o inofensivo, ¿a qué obedece la actual locura por lo Cuqui? Y ¿por qué se ha extendido tantísimo desde la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en Estados Unidos y Japón?

Sostengo que es necesario interpretar lo Cuqui de una forma mucho más amplia de lo que suele ser el caso. En vez de relacionarlo meramente con la dulzura, lo entrañable y la sensación de vulnerabilidad que nos despiertan algunas personas y cosas, se trata, ante todo, de lo que ocurre cuando lo dulce (es decir, lo tierno, inofensivo, inocente, ramplonamente encantador, despojado de toda complejidad y, por lo general, pequeño) se vuelve siniestro, indeterminado —como ocurre cuando algo se sitúa entre lo infantil y lo adulto, lo masculino y lo femenino,

lo no humano y lo humano, lo conocido y lo desconocido, lo impotente y lo poderoso, lo espontáneo y lo deliberado— e incluso monstruoso. Pero —y esto es lo fundamental— en un registro desenfadado y, a menudo, frívolo.

Comoquiera que me propongo examinar un término de uso habitual cuyo significado puede parecer obvio pero se revela más rico y escurridizo de lo que cabría pensar, mi estrategia se inspira en *Notas sobre lo «camp»,* de Susan Sontag, y el ensayo de Harry Frankfurt *On Bullshit.* Se enmarca en esos intentos de definir el fenómeno que uno está estudiando mediante su demarcación con respecto a otros fenómenos colindantes. Así pues, me preguntaré cómo se relaciona lo Cuqui con lo dulce y lo kitsch, de la misma forma que Frankfurt se pregunta de qué manera el concepto de *bullshit* (charlatanería) se diferencia de la mentira o de echarse un farol, y Sontag, si hubiese escrito su ensayo una o dos décadas más tarde, habría podido investigar en qué se distingue lo Camp de lo cool y de lo estrafalario.

Sin embargo, no me interesa solamente definir lo Cuqui, comprender qué nos hace ver cuquis a ciertas cosas y personas, y caracterizar la experiencia de lo Cuqui. Al margen de esto, lo que quiero es preguntar: el intento de sonsacar la sensibilidad, el estilo, el tenor, la forma de ser que lo Cuqui expresa, ¿qué luz puede arrojar sobre la época y las culturas en las que tiene un papel tan preponderante? Dicho de otra forma, ¿por qué motivo nuestra época ha favorecido en tan gran medida el auge de lo Cuqui? ¿Y cómo podemos emplear lo Cuqui para calar el espíritu de nuestro tiempo?

El espíritu francés, aventuró Montesquieu, domina el arte de hablar con seriedad de lo frívolo y frívolamente de lo serio.[2] Espero haber sido aquí lo bastante «francés» para haber tenido éxito en por lo menos uno de esos dos sentidos.

I

LO CUQUI COMO ARMA DE SEDUCCIÓN MASIVA

Lo Cuqui está colonizando nuestro mundo. La pregunta es por qué. Y por qué de una forma tan explosiva en nuestra época.

Podría pensarse que lo Cuqui es algo tan manido que no merece nuestra atención o, desde luego, convertirse en un tema de investigación valioso. O que es tan perverso, en el trillado desamparo que impone a sus objetos, delectándose tal vez en ello, que no merece más que nuestro desdén. Por lo que sería a lo sumo inútil tratar de escarbar en algo tan superficial como la felina figurilla de Hello Kitty; Pikachu, el monstruo de Pokémon; E.T., con su desgarbado encogimiento; las feas Muñecas Repollo; o la extraña evolución de Mickey Mouse tras la Segunda Guerra Mundial. O quizá nos hemos acostumbrado tanto a lo Cuqui que ya no percibimos su omnipresencia, por ejemplo en la proliferación de emojis, empleados por personas de casi todas las edades y condiciones, o en la abundancia de marcas con nombres que suenan tan cuquis como «Google» (o, ya puestos, «Apple», cuyo logo relaciona burlonamente la libertad personal que nos proporcionan sus dispositivos con un símbolo primigenio de rebeldía: morder del fruto prohibido en el Jardín del Edén). Todo lo cual tal vez explique por qué se ha escrito tan poco sobre el fenómeno y el significado de lo Cuqui y la implacable

sucesión de objetos de rabiosa y efímera actualidad que le prestan voz. De todos modos, es curioso lo poco que nos intriga.

Pero ¿y si lo Cuqui nos habla de algunas de las necesidades y sensibilidades más acuciantes de nuestro mundo contemporáneo? ¿Y si, parafraseando a Nietzsche, es en efecto superficial, pero por ser profundo?[1] ¿Y si lo Cuqui no solo se relaciona con el desvalimiento y la inocencia sino que apunta también, mediante el juego, la burla y la ironía, al valor que otorgamos al poder, así como a nuestras suposiciones sobre quién lo detenta y quién no? ¿Y si su fascinación obedece precisamente a que no es (o no lo consideramos) tan solo indefenso, inocente, entrañable, y por lo tanto motivo de tranquilidad en un mundo impersonal plagado de peligros, sino que puede expresar también —como constatamos en la distorsión y fealdad deliberadas de tantísimos objetos cuquis— algo más hondo y más fiel a la realidad: algo que percibimos a un tiempo como confuso, inseguro, raro, defectuoso y astuto, si bien en un registro jocoso? ¿Y si esta subversión sutilmente amenazadora de las fronteras, esta demasiado humana indeterminación —entre lo claro y lo obscuro, lo íntegro y lo irregular, lo inocente y lo astuto—, cuando se presenta en la jerga desenfadada y burlona de lo Cuqui, es la clave de su inmensa popularidad?

Es más, ¿y si la explosión de lo Cuqui es indicativa de uno de los grandes acontecimientos de nuestra época, al menos en Occidente: el culto al niño? Pues el niño es, así lo entiendo yo, el nuevo objeto supremo del amor y está reemplazando, paso a paso, al amor romántico como amor arquetípico, el amor imprescindible, ese amor sin el que ninguna vida humana se considera plenamente vivida o lograda al cien por cien. Y es que la infancia es el nuevo espacio de lo sagrado y, por ende, el lugar en el que, en tanto que sociedad y época, nos es más fácil identificar cualquier tipo de profanación.

Como veremos más adelante, se ha producido una destacable coincidencia entre el auge de lo Cuqui desde mediados del siglo XIX y la creciente estima de la infancia a lo largo de casi exactamente el mismo período, dándose además la circunstancia de que ambas tendencias se han acelerado en paralelo tras la Segunda Guerra Mundial. Lo cual, como voy a argumentar, no significa en modo alguno que esa locura por lo Cuqui esté impulsada única o ni siquiera principalmente por un afán de regresar a la niñez, a un mundo imaginado de seguridad y simplicidad, o que su motivación y objetivo sean necesariamente infantiles.

En efecto, hemos de preguntarnos si lo Cuqui no nos habla también de una pérdida de fe en las nítidas diferencias entre infancia y madurez. Pues, ¿acaso no está cundiendo cada vez más la idea de que la experiencia infantil determina todos los aspectos cardinales de la vida adulta y opera en todas las emociones, decisiones y sucesos fundamentales de la misma? Y a la inversa: ¿acaso no se considera cada vez más que el mundo adulto contemporáneo —en particular, su incesante interés por la expresión personal, la autenticidad y la sexualidad— impregna el del niño?

Los objetos cuquis, propongo por lo tanto, no constituyen simplemente distracciones infantiles con respecto a las angustias del mundo actual, en el que la rivalidad y las transformaciones vertiginosas expulsan a la gente de sus lugares de trabajo, comunidades e identidades de la noche a la mañana. Esos objetos no son tan solo meras fuentes de sosiego e intimidad fiable en una época que parece correr desenfrenada hacia una explosión de temores, furias, agravios e injusticias históricas, tan numerosos y colosales que es imposible abordarlos o enmendarlos de una vez. No son tan solo meras manifestaciones de un impersonal

mercantilismo, o vías de escape hacia una existencia autocomplaciente, vacía y carente de compromiso. No son tan solo formas de personalizar los artefactos de un mundo impersonal. Tampoco son necesariamente pantallas en las que proyectemos estereotipos de inocencia, en especial de una joven y femenina inocencia. Aunque lo Cuqui puede ser todas estas cosas y, como veremos, ha sido acusado en muchas ocasiones de serlo, y aunque al igual que a casi todas las sensibilidades –incluidas la mayoría de virtudes, apetitos, estéticas, bienes materiales y dioses– puede dársele un mal uso para lograr fines inaceptables y sus motivaciones pueden estar dominadas por el cinismo, la propia satisfacción, el afán de poder y la violencia, ninguna de estas facetas le es intrínseca.

En vez de ello, y tal y como vamos a sostener, lo Cuqui es ante todo una expresión burlona de la opacidad, la incertidumbre, la extrañeza, el fluir constante o «devenir» que nuestra época ha detectado en el mismo corazón de todo lo existente, esté dotado de vida o no. Es manifiestamente efímero a la luz de los estilos y objetos en constante mutación que lo encarnan y su única consistencia es precisamente su carácter efímero y no arrogarse ninguna importancia duradera. Aprovecha que la indeterminación, cuando se extrema más allá de cierto punto, se vuelve amenazadora: circunstancia que lo Cuqui logra volver cautivadora precisamente porque lo hace de forma frívola, seductora, inofensiva; de hecho, en un estilo de deliberada despreocupación. Expresa la intuición de que la vida carece de firmes cimientos, que no posee ningún «ser» estable y duradero; que, como sugirió Heidegger, el único fundamento de nuestra existencia reside en aceptar que esta no tiene fundamento alguno.[2] Y con frecuencia lo hace con algo que podría asemejarse «al artificio y la exageración»,[3] expresándose de una forma que «destrona lo serio»,[4] o que no logra alcanzar la seriedad, como sostuvo Susan Sontag a propósito de lo Camp.

Esa «inasibilidad», como cabría llamarla, que impregna lo Cuqui —la erosión de las fronteras entre lo que solían considerarse dominios distintos o discontinuos, como la infancia y la madurez— también se refleja en el género borroso de los numerosos objetos cuquis que parecen hermafroditas o indeterminados. (¿Cuál es el género de E.T. o del Balloon Dog de Jeff Koons?) También se refleja en su frecuente mezcla de formas humanas y no humanas. Y, por supuesto, en su edad a menudo indefinible. Pues si bien los objetos cuquis pueden antojársenos infantiles, también puede resultar asombrosamente difícil dilucidar, como ocurre con E.T., si son jóvenes o viejos, y a veces incluso parecen ser jóvenes y viejos al mismo tiempo en términos humanos. (La piel arrugada de E.T. es «simultáneamente la de un recién nacido y la de un anciano».[5])

En tales aspectos, lo Cuqui está en sintonía con una época que ha visto languidecer sus vínculos pretéritos con dicotomías sacrosantas como masculino y femenino, sexual y no sexual, adulto y niño, ser y devenir, efímero y eterno, cuerpo y alma, absoluto y contingente, e incluso bueno y malo, dicotomías que antaño estructuraban grandes ideales pero que hoy se consideran menos sólidas y más porosas de lo que tradicionalmente se creía.

Es más, esa celebración de la indeterminación que es característica de lo Cuqui también se ve reflejada en su incompatibilidad, en tanto que sensibilidad, con el moderno culto a la sinceridad y la autenticidad, que hunde sus raíces en el siglo XVIII y asume que cada cual está dotado de un yo individual —o por lo menos un conjunto de creencias, sensaciones, pulsiones y gustos— que nos identifica como seres únicos y que podemos aprehender y conocer nítidamente para expresarlo de forma fidedigna. Como veremos, el espíritu de lo Cuqui se aparta por completo de la fe reinante en que podemos conocer —y controlar— cuándo somos sinceros y auténticos, y por supuesto que los demás puedan saber cuándo lo somos y cuándo no.

Y pese a que lo Cuqui a veces puede verse secuestrado por el deseo de poder, también articula, tal vez en un plano más fundamental, la incipiente voluntad de repudiar el ordenamiento de las relaciones humanas en función del poder, o cuando menos cuestionar nuestros supuestos sobre quién posee el poder y con qué finalidad. Esa voluntad puede expresarla vívidamente lo Cuqui precisamente porque implica por lo general una relación con un objeto vulnerable o con un objeto que hace alarde de vulnerabilidad o coquetea con ella. Se trata de una voluntad de liberarse con respecto al paradigma de poder y no sorprende que muchas personas, especialmente en Occidente y Japón, pero también, quizá, entre la gente corriente de China, quieran afirmar esa voluntad como antídoto frente a más de un siglo de brutalidad sin parangón.

En pocas palabras: ¿Y si lo Cuqui no es una distracción frívola con respecto al espíritu de nuestro tiempo sino una poderosa expresión del mismo?

Sin duda estamos hablando de un fenómeno en constante crecimiento que ya ha colonizado grandes extensiones del mundo y de nuestra imaginación contemporánea. El eje de lo Cuqui tiene capitales en California y en el Gran Tokio, una presencia en vertiginoso aumento en China (incluyendo, por supuesto, Hong Kong) —que podría llegado el día sustituir a Japón y Estados Unidos como la locomotora global de lo Cuqui— y avanzadillas repartidas por el resto del este asiático, por ejemplo en Tailandia, Singapur y Taiwán, así como en varios países europeos. Anuncios, productos de consumo, nombres comerciales y logos —por no hablar del arte contemporáneo— explotan su vanguardista encanto, su inocencia consciente, su espeluznante juego con la idea misma de juego, su autoironía, su aparente rechazo tanto de la cruda realidad como de los grandes ideales.